



Leonardo Curzio

Es para mí un honor el haber sido invitado a participar en la presentación de esta obra “Capital natural de México”... que tanto me ha impresionado y de la que he podido espigar, no solamente un montón de conocimientos nuevos, sino de manera muy particular el poder convertir en ideas estructuradas en un montón de presentimientos que pululaban, sin orden ni concierto, en mi cabeza.

Gracias a esta obra puedo afirmar que cerca de dos terceras partes de la biodiversidad mundial se localizan en un puñado de países y que esto constituye un privilegio, un tesoro, una bendición, como quieran ustedes llamarlo, no solamente para el desarrollo económico del país (como claramente se afirma desde las primeras páginas de la síntesis introductoria) sino también para el desarrollo intelectual y espiritual del país.

La consulta de esta obra magna me ha permitido también confirmar que el desarrollo de México, y de la humanidad en su conjunto, depende de los ecosistemas y aunque nuestra arrogancia, indiferencia o ignorancia (no se finalmente cuál será el pecado que mejor describe nuestra actitud) haya marginado el hecho contundente de que nuestra forma de vida depende decisivamente de los servicios ambientales que estos ecosistemas nos brindan, dejemos el tema de lado de forma permanente.

La obra nos ayuda también a jubilar algunas falsas dicotomías o francas falacias como aquella que sostuvo durante años: que el desarrollo económico y el progreso material de las sociedades estaba confrontado con el uso sustentable de los recursos y la conservación de nuestro capital natural. Ojalá que tamañas falacias vayan desapareciendo de los medios de comunicación y de otros espacios deliberativos públicos y, si en algún reducto quedan, sea claramente ubicado como un espacio de oscurantismo montaraz

Me sorprende la vitalidad de la red de investigadores que ha hecho posible este segundo esfuerzo que combina de manera maravillosa el rigor científico, (todos los artículos han sido valorados por otros científicos), con una vocación didáctica y en muchos sentidos también un documento que capta bien el lenguaje periodístico: porque sabe enfatizar lo importante sin dramatizar, porque señala los puntos débiles, porque en última instancia es un ejercicio de denuncia, como debe ser el buen periodismo, de una situación que debe por muchas razones cambiar.

Reunir a cerca de 650 investigadores refleja desde luego un liderazgo académico notable que no en todas las ciencias tenemos. La articulación de una comunidad ya significativa de especialistas en interacción, con una clara lectura interdisciplinaria, denota una notable organización. En ciencias sociales los libros colectivos con más de 10 autores son más complicados que una asamblea panamericana. Sólo de pensar en esta obra participaron más o menos el mismo número de diputados y senadores que tenemos en México, no deja, por supuesto, indiferente a nadie.

Lo que sí me parece capital en esta obra es que se trata de un documento de éstos que en inglés llaman (policy oriented) que combinan la solidez científica con la preconización de políticas públicas o líneas de acción para atender problemas, para reducir tensiones y para ubicar potenciales oportunidades.

No es frecuente encontrar textos de este tipo en un país como el nuestro donde los puentes entre el sector académico, los tomadores de decisiones, los medios de comunicación y el sector privado están tan fragmentados.

Creo esta obra marca un canon de cómo podría incorporarse a la deliberación pública un tema tan importante como el capital natural de nuestro país porque lo hace con rigor científico, sentido de la oportunidad y sobre todo, permítanme subrayarlo denota el compromiso del científico (del intelectual si no les molesta el término) con su tiempo y con su circunstancia.

Es una obra comprometida en el mejor sentido de la palabra porque nos alienta a dar un gran salto en materia de mentalidades.

La obra ha despertado en mí dos reflexiones que comparto con ustedes.

La primera es la constatación de esta ruptura epistemológica entre las ciencias del hombre y las ciencias de la vida. En algún punto de la obra se explica esto al hablar desde la perspectiva económica y de las formas en las que una nación integra su patrimonio. Se habla del capital económico, es decir, el sistema financiero, industrial agrícola y de servicios. Se habla del capital humano y se habla por supuesto de los recursos naturales con los que un país cuenta.

Pero rara vez se incluye en las cuentas nacionales el manejo de los servicios ambientales y los servicios que de ellos recibimos. Las pérdidas por un mal manejo en el sistema financiero son motivo de inquietud en la sociedad y por supuesto turbulencia los ambientes políticos y sesudos análisis y declaraciones cruzadas en los medios de comunicación, pero pocos, muy pocos de nosotros sabíamos que en 2006 los costos por agotamiento de recursos naturales y degradación ambiental representaron en 2006 8.8% del PIB.

Si la lógica económica va por un lado y la natural por otra tenemos una fractura, una especie de gran cañón del Colorado en nuestra forma de leer la realidad.

Cuando se formula la política turística sorprende que pertinazmente se apueste por desarrollos turísticos colosales y la promoción de ese México pintoresco que ahora la campaña llamada vive México nos pone día a día como el tema fundamental. Esta reiteración de errores me causa la más amplia suspicacia y cuando veo la obra “El capital natural” y constato que tenemos en regiones costeras insulares y en distintos cuerpos de agua, por sólo hablar de ellos, la necesidad apremiante de la conservación de esos ecosistemas y que esta sea compatible con la generación de oportunidades para los habitantes de esas zonas.

Quienes diseñan la política turística en este país deberían dejar de estar pensando en dar más subvenciones a los hoteleros y gastar más de mil millones en anuncios de dudosa eficacia y gusto, y deberían tener presente esta obra y preguntarse una y mil veces de qué manera puedo encontrar un equilibrio entre la responsabilidad de proteger y el imperativo de generar prosperidad especialmente para los que menos tienen.

Otra certeza que refuerzo después de consultar esta obra es la necesidad que tenemos de una entidad (unos opinan que debe ser una Secretaría) de ordenamiento territorial. La pluralidad de situaciones y la particularidad de cada región obliga un estudio detallado y responsable, intergeneracionalmente hablando, del uso que le damos al territorio.

Vuelvo a la necesidad de encontrar (no sé cómo ni dónde) eso que Edgar Morin llamó en un libro pionero: la soldura epistemológica. Esto es, el reencuentro entre las ciencias de la vida y las ciencias del hombre como único camino para entender quiénes somos y la relación que tenemos con nuestro planeta. Esta obra, insisto, no puede dejar indiferente a nadie.

La segunda reflexión que quisiera compartir con ustedes es el cambio de mentalidad en la que esta obra nos convoca. Una mentalidad que reconozca lo complejo y vea en la diversidad un tesoro y no una serie de ramificaciones prescindibles.

Debemos desmontar una cultura homogeneizadora, unificadora que tendió (sin prejuzgar los motivos) a borrar las diferencias como si fueran algo prescindible o indeseable. Cuando yo era estudiante de primaria (no hace tanto) el curso de español se llamaba lengua nacional. En este país, tardé muchos años en saberlo, se hablan cerca de 290 lenguas diferentes y sin embargo el Estado y su sistema educativo decidieron que había una lengua nacional. Algo hemos cambiado debo decir, pero la poderosa lógica de la formación del espíritu nacional devoraba diferencias y las suprimía a veces con hábiles recursos retóricos como los que dieron lugar a esa potente retórica mestizofilia que pretendiendo unificar en una síntesis racial lo mexicano, dejaba de lado las particularidades históricamente esculpidas de grupos étnicamente diferenciados.

Al balance que algún día se hará estos dos siglos de vida independiente habrá que poner en la lista de lo que debemos, por lo menos una docena de lenguas en estado de extinción que son una parte de la riqueza que perdemos. Algo hemos cambiado también en esto pero queda mucho camino por hacer.

La obra que nos convoca nos plantea la necesidad de aquilatar que ser un país megadiverso nos debe mover a orgullo, pero al mismo tiempo se convierte en un enorme desafío para nuestra condición, no de mexicanos sino de habitantes del planeta, de responsables de la parte del tesoro que nos ha sido legado por la naturaleza.

Tendría uno que ser mortalmente insensible para no extasiarse con los números esta magna obra nos da sobre las especies endémicas. Cuando nos enteramos que la mitad de nuestra flora no se encuentra en otra parte del mundo provoca en mí un sentimiento inefable por un lado, pero de profunda sensación de urgencia por conocer, urgencia por disfrutar de privilegios únicos y urgencia por preservar el que esos ecosistemas que hacen posible la vida única de todas estas especies, se convierta en una realidad que sea perfectamente compatible con nuestra vida moderna.

Termino, si me lo permiten, con una reflexión periodística que asumo como un desafío colectivo y es la necesidad de subir a la agenda pública este tipo de asuntos. No pienso aburrirlos explicando cómo se configura la agenda pública; simplemente señalaré es el conjunto de temas (usualmente no pasan de cinco) que una sociedad considera que están en el centro de la deliberación.

Las sociedades modernas son sociedades deliberativas (por lo menos es lo que dice la teoría democrática) y pluralistas (valoran las diversidad como su misma esencia) es decir, todos los ciudadanos participan por supuesto con distintos niveles de información y con ópticas diversas en la discusión sobre las opciones que un país tiene para enfrentar sus desafíos.

Para ensanchar el espacio de la deliberación pública se forma una cultura periodística sobre distintos asuntos sobre los que el conjunto de los ciudadanos tenemos que pronunciarnos. Es obvio que se ha generado un una cultura periodística muy centrada en lo político de tal manera que el ciudadano promedio tiene claro lo que la división de poderes, los beneficios o inconvenientes de la reelección inmediata de legisladores o alcaldes.

Lo mismo podemos decir en términos generales de una cultura financiera y económica. Casi cualquier ciudadano tendrá una idea razonablemente formada sobre si conviene o no mantener un equilibrio en las finanzas públicas.

Lo que nos hace rabiosamente falta es una cultura que suba a la agenda nacional, de manera permanente, el tema del capital natural del país. Ganar un titular, una noticia en tiempo estelar en radio y televisión, sobre la extinción de la vaquita marina, no

resuelve la necesidad de fondo que es: incorporar como preocupación nacional genuina, constante y vital la conservación y la potenciación de nuestro capital natural.

Es tarea de todos construir esta masa crítica de ciudadanos interesados en la materia para que nuestras élites políticas lo ubiquen cada vez con mayor claridad en su lista de prioridades. Debemos conseguir que el tema sea al mismo tiempo desafiante y atractivo para cada vez más mexicanos. Hay muchas inercias en su contra e incluso imagino que muchos intereses económicos, por ello el esfuerzo debe ser doble para que el tema ocupe el lugar que le corresponde en la agenda de preocupaciones nacionales.

Este esfuerzo enorme de investigación y de compilación, que por supuesto celebro, nos motiva a todos a no soltar el tema en nuestras discusiones y preocupaciones cotidianas. Hace unos días leí un artículo de Ian Player, titulado “El territorio silvestre y el alma humana”. En ese texto se reiteraba la necesidad de recordar el primer principio de la ecología y es que todo está conectado con todo y que la experiencia de lo silvestre es la chispa espiritual que enciende el entendimiento”.

Reitero mi agradecimiento por la invitación y me congratulo de que los grandes científicos de nuestro país inviertan su tiempo y su esfuerzo, en síntesis su vida, para hacernos ver que el capital natural de este país es un capital que nos interesa a todos.